

DISCURSO

LEÍDO POR EL INGENIERO

D. CARLOS MENDIZÁBAL BRUNET

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN EN LA

ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICO-QUÍMICAS Y NATURALES DE ZARAGOZA

EL 4 MAYO DE 1919

SR. PRESIDENTE:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Debo empezar manifestando, muy concisamente, sincera gratitud a cuantos me escuchan. A todos y en especial a quienes aquí han venido no por deberes reglamentarios, sino traídos o por afecto personal o por el interés que les merece el tema de que voy a ocuparme.

He de hacer también una promesa que cuantos me conocen esperarán que cumpla: la de ser sincero, secamente sincero. Suaves eufemismos, delicadas anfibologías, no son lenguaje de ingeniero ni cuadran en una Academia de ciencias, a donde solamente deben venir asuntos estudiados a fondo, para ser expuestos con escueta claridad científica. Si soy de ello capaz, me propongo hacerlo.

Por ello, luego de manifestada mi gratitud y hecho ese voto, he de presentar a mis oyentes disculpas previas. Mi tema es por necesidad desagradable, y las condiciones de carácter y dialécticas de su expositor no son, ciertamente, capaces de suavizar sus esperanzas. En los tiempos difíciles—y los nuestros lo son—es menester desatender lo grato y dedicarse a lo útil, como el trabajador prescinde con su mesa de ciertas delicadezas luculianas, ¡feliz si alcanza ver en ella abundancia de manjares saludables, aunque toscos! Quédense allá, para tiempos mejores, los artistas. Nuestros tiempos requieren que seamos todos, con los brazos o con el cerebro, artesanos. Y la mano del artesano siempre es áspera.

Hace casi 19 siglos una voz divina nos trajo reglas infalibles de conducta: pero al dictarlas ya predijo que no traían la paz, sino la espada. No el sosiego, la nirvana de un Edén, sino la lucha de esas eternas verdades contra la resistencia tenaz de las humanas concupiscencias. No han sido esas dulces verdades abstractas quienes han gobernado la grey humana: han sido unos pocos hombres erigidos en poder, en general tiránico, que llevando en la mano la espada, o la cruz, o el cheque, han fustigado a sus gobernados con lo que debiendo ser timón convirtieron en azote. Los azotados, de tiempo en tiempo, se revuelven; y eso, que en los tiempos feudales se llamó «jaquería», en el siglo XVI «protesta» y en 1871 Commune, en el siglo XX se llama bolchevismo. Su actuación siempre fué parecida, porque su causa es única: es el olvido de la verdadera doctrina de Cristo. Y no sólo por la plebe, sino también por muchos que fingen practicarla con ritos vacíos y con esa pseudo-caridad que sale ostentosa del bolsillo, acaso aplaudiendo las brutales proezas de un torero, o entre las vueltas lascivas del tango y del fox-trot, no brotando ardiente y silenciosa del fondo del corazón como la predicó Jesús.

Hoy atravesamos una de esas crisis, y no han de sobrar los esfuerzos de todos para conjurarla. Los que nos hallamos en medio, entre los trabajadores por antonomasia y las clases donde se vive y se goza sin trabajar; los que sometidos a rígida disciplina mental hemos dedicado lo mejor de toda una existencia a relacionar causas y efectos, podemos ver y debemos decir la verdad de lo que está ocurriendo a quienes no la ven, sea por lo que fuere. Mejor para ellos, si somos escuchados; y cuando no lo fuéramos siempre nos quedará la noble satisfacción que da el deber cumplido.

Yo no soy pesimista... ni aun ahora, viendo dar a la Humanidad hacia atrás este paso gigantesco; ni aun al ver sentenciar a muerte al pueblo que a todos enseñaba el camino de la Ciencia y del Trabajo, según reconocían, antes de ser arrojada nuevamente la Verdad dentro de su pozo autores tan patriotas, pero tan sinceros, como los franceses Gustavo Le Bon, Víctor Cambón y Julio Huret, como los ingleses Heriberto Wells, Norman Angell y Bernardo Shaw; como siguen confesándolo, aun después de obliterada la Verdad, los dos últimos. Ocasión es esta propicia para creer que hemos vuelto a los albores odiosos de la Edad Media, para desalentarse viendo qué cosas se

hace arder a trueque de quemar al Miguel Servet, del siglo XX. Y, eso no obstante, yo no soy pesimista. Es áspero el campo donde mi discurso va a moverse; áspera tiene que ser mi exposición, y por ambas cosas pido vuestros perdones nuevamente. Mas en ese campo hay semillas, brotes de esperanza que debemos y podemos cultivar, para que nos den frutos de paz cristiana, que están a nuestro alcance y que sazonzarán, si lo queremos. Pero es preciso tomar, como Cristo, la cruz, y seguirle. Seguirle en todo: de palabra y de obra. «Ora et labora», nos dijo y nos enseñó con el ejemplo. Cristo, antes de ser admonitor fué carpintero, y con sus manos, El, que pudo nacer en cuna regia, ganó su pan y el de su Santa Madre.

Y labor de artesano, de humilde trabajador—para los suyos siempre, ahora en pro de la paz social—, es lo que voy a exponer ante vosotros.

*
* *

Las costumbres lógicas acaban cuando persisten, cristalizando en Leyes, Estatutos o Reglamentos, con fuerza de obligar. Esto es, en la ocasión presente, causa de algo bien ajeno a mis aptitudes, si alguna tengo; es causa de que haya de emitir públicamente ideas propias ante una entidad respetabilísima y ante la ilustre concurrencia congregada para un acto sobrado desproporcionado con lo que a él puede aportar quien, bien ayuno de méritos, tiene que desempeñar en él papel que los requiere.

La agrupación de actividades científicas afines, para su mutuo cultivo y desenvolvimiento, es el origen de las Academias de Ciencias, cuyo nombre y apellido bastan para definir su objeto y para señalar el alto provecho que su existencia significa: y hasta sobra el nombre para comprenderlos cuando se sabe qué esclarecidos varones componen ésta. De cierto una de sus pocas equivocaciones ha sido el llamarme a colaborar en sus trabajos.

Estas Asociaciones, dedicadas a facilitar y fomentar la colaboración de actividades afines, aprovechan lógicamente cuantas ocasiones hay para ello favorables. Y el indispensable acto de cortesía que requiere la recepción de un colaborador nuevo quieren que éste lo utilice—sin limitarse a manifestaciones, gratas y nada más de mutua deferencia—poniendo desde luego a disposición de sus nuevos compañeros, y aun a la de una selec-

ción a ese acto invitada, los recursos de su mente, donde puedan hallar quienes le escuchen nociones originales, atisbos nuevos y provechosos acerca de aquellas ciencias a las cuales dedicó el neófito preferente actividad. Nada más razonable que esos, más exigencias reglamentarias, requerimientos afectuosos, testimonios de honrosa confianza en las luces mentales del nuevo compañero, y legítima impaciencia, noble curiosidad de cuáles sean los datos que sobre los puntos en que se haya especializado van a recoger quienes le escuchen.

Esa es la regla general que, como todas, adolece de excepciones; y, desgraciadamente para mí y para quienes me oyen, soy una de ellas. Creedme, que no son mis palabras ese manto de usual modestia que, imperfectamente a veces, suele cubrir un fondo de auto-valoración; conocimiento exacto en ocasiones de propias envidiables cualidades. Procuero conocerme, y sé por ello que Dios, al darme, como a todos sus hijos, el destello de su luz que se llama mente humana, no puso en la mía cualidades que admiro en otras, y que desarrolladas en labor tenaz dan al cabo sazonados frutos merecedores de aparecer en canastila de galanas frases, en el festín platónico que renueva una Academia científica cuando sus miembros acuden a gustar esos frutos del saber, aprendiendo algo que hasta entonces ignoraran, o mejorando el conocimiento que alcanzaran ya de ello.

Y esta mi situación, que de buen grado reconozco y confieso, me pone ante dos dificultades graves. La primera es la que hallo para expresar adecuadamente a esta docta Corporación mi gratitud, que es grandísima, tan grande como lo que más la motiva, como mis inmerecimientos. Desisto de encarecerla, por lo tanto, y dejo el aquilatarla a vuestro juicio.

Y es la segunda, más grave todavía, el acertar con tema que estando a mi alcance merezca, no por mi deficiente exposición, sino por valor intrínseco, el alto honor de seros presentado y de ser glosado ante quienes me escuchan. Era grave la dificultad ya dicha; pero ésta segunda, en verdad, la he creído en ocasiones invencible totalmente para mis flacas fuerzas.

Es amplia la razonable libertad que se concede a quien se halla como ahora yo, en estas calzas prietas. Pero como todas las libertades, ésta debe ser condicionada por algo que solamente consienta de ella hacer buen uso. Y este buen uso aquí ha de consistir en tratar, precisamente, sobre temas congruen-

tes con los fines harto definidos de una Academia de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales.

Esos cuatro adjetivos me daban hecho el marco donde debe encerrarse mi tema para que me sea lícito adoptarlo. Y su examen, cuanto más detenido era, aumentaba más mi desaliento.

Nada, sin duda, tan elevado y atrayente como la ciencia Matemática, sendero escabrosísimo y sublime que la mente recorre para alzarse a cimas agrestes y vertiginosas donde nada florece, desde donde se contempla, veladas por mágica niebla, todas las prosaicas realidades de la vida, y donde el escogido explorador que las alcanza se dice, satisfecho, que realizó lo todavía por nadie realizado.

Pero esos alpinismos del espíritu requieren singulares facultades otorgadas a pocos, y que poquísimos logran desarrollar mediante severa disciplina de atleta psíquico. En mi carrera, fundada sobre la Matemática, hube ciertamente de saludarla, y el Cálculo infinitesimal causó, siete lustros ha, no pocas torturas a mi cerebro de adolescente. Pero, sea incapacidad nativa, sea insensibilidad para las bellezas de esas espinosas enseñanzas, cual estómago sobrecargado de alimentos delicados, pero abundantes en demasía, lanzó de sí mi mente, en cuanto ya no la reprimió la amenaza de un suspenso, gran parte de lo tan laboriosamente deglutido, quedándose — y gracias que pudo conservar eso —, con modestas nociones, suficientes a lo sumo para seguir las demostraciones, para profundizar el espíritu de leyes que en Mecánica, en Termodinámica, en Electrotecnia, requieren el manejo del Cálculo infinitesimal en sus aplicaciones más humildes. Después he sabido que en establecimientos docentes extranjeros, y en alguno español que les imita, lejos de dar a los futuros ingenieros esos festines de alto cálculo, solamente les brindan modestas pitanzas, casualmente coincidentes con lo que yo he logrado retener de aquellas científicas bodas de Camacho a que me convidaron, en Guadalajara, mis profesores. Lo cual quiere decir que esos alumnos no merecerán, andando el tiempo, como yo no merezco, ser miembros de Academias de Ciencias Exactas. Huelga decir, pues, que resultaría en mí obstruente el intentar valerme de esos residuos de borrosos conocimientos para hablaros de lo que se llama Ciencia Exacta, antonomásticamente.

Otro tanto me ocurre acerca de las Ciencias Físico-Químicas. Ni la enseñanza que antaño recibí de ellas me condujo a cimas

doctorales, ni me ha sido posible seguir a esas Ciencias en la rauda carrera que, de 1880 acá, particularmente, han emprendido. Gracias sí, para utilizarlas en mi actualidad como ingeniero, he sido capaz de mantenerme a distancia de ellas no muy remota, que me permita conocer esos progresos, y utilizar lo que dejan caer, con desdén casi, para que de ello usemos quienes nos dedicamos a las prosaicas realidades de la industria.

Y, ¿qué diré de las Ciencias Naturales? La nube de insipien-
cia que agrisa mi mente en lo que a las anteriores disciplinas
toca, aquí toma el color de la tinta más densa que jamás llegara
de la China. Siempre lamenté mis deficiencias, pero jamás como
esta en el momento presente, pues acaso ninguna rama del
humano saber puede resultar para un auditorio cual el que me
oye atractiva en el grado que iguale al interés que merece
v. g., el estudio de la inervación de un gasterópodo o del apa-
rato circulatorio de un anélido. Nada digo de la Paleontología,
de la cual un sabio disertó sacaría cuadros arrebatadores, des-
criptivos de lo que fueron, millares de siglos ha, los albores de
la vida; con la tranquilidad, por otra parte, de que aun cuando
incurriese en deslices biográficos no había de presentarse aquí
—afortunadamente para los nervios de sus lindas oyentes— en
son de reclamaciones o querellas, diplodoco alguno.

He cerrado, como veis, el marco que resplandeciente rodea
vuestro título, y me he quedado fuera; y, sin embargo, mandan
vuestros Estatutos, por mí acatados, que obre cual si estuviese
dentro. ¿Hase visto ingeniero alguno en conflicto semejante?

El honroso apelativo que acabo de usar me proporciona el
vislumbre de una solución. Es indudable que esta Academia, al
llamarme espontáneamente dentro de ese imponente marco, no
me ha llamado por hombre de Ciencia, ya que a todos consta
que no lo soy. Luego, si me ha llamado, por ingeniero habrá
sido, y, sin deformar, sin pentagonalizar, lo cual fuera irreve-
rencia extrema, vuestro marco, cabe adicionar a sus lados rea-
les un quinto lado imaginario, el cual os dirá nuestro ilustre
Presidente que puede tener un valor tan efectivo cual el más
real de los restantes; y en ese marco cabremos ya los ingenie-
neros. Y como no es, ciertamente, la osadía el menos acentua-
do de mis defectos, osadamente doy por hecho lo supuesto, y
creyéndome ya con ello en vuestra muy honrosa compañía, voy
a ver si hallo tema que me permita cumplir por mal que sea, los
deberes contraídos con vosotros.

Tema de Ingeniería debe ser, pues, el escogido. Pero puesto a saltar barreras y ensanchar campos, no es cosa de pararse, que aumento de movimiento significa aumento de vida. La Ingeniería, campo donde me siento menos cohibido que en los anteriormente señalados me daría, tal vez, temas asemejados a los de la Ciencia pura; mas acaso tales asuntos no lograsen el único valor que pudiera tener, si alguno tiene, el tema que voy a presentaros. Valor de actualidad; sería, casi alarmante, por las circunstancias en que vivimos, pero valor que recomienda el que sea ese tema expuesto aquí, ya que no he ocasión de exponerlo ante una Academia de Ciencias Sociales.

Voy, pues, a ocuparme del papel que debe desempeñar «El Ingeniero ante la Evolución Social Moderna»

Plegue a Dios que ante las letras que componen la palabra Evolución no resulte al cabo necesario colocar una letra más. La Humanidad vive actualmente tiempos difíciles, que deben ser graves, austeros...

*
* *

He leído recientemente un curioso cuento de Queiroz, titulado «Adán y Eva en el Paraíso». En él describe con erudición... e imaginación de paleontólogo la vida angustiosísima de nuestros primeros ascendientes, rodeados de dificultades y peligros que ya les permitía ver, más claramente cada día, su naciente criterio; el cual, en cambio, apenas empezaba a proporcionarles defensa contra riesgos ni tranquilidad ante sobresaltos.

Aquel boceto de la Humanidad fué el óvulo informe de donde ha procedido, mediante un proceso evolutivo vasto y complejo, cuanto el hombre hoy realiza y posee, a veces tan bello, tan noble en ocasiones.

De cuantos numerosísimos factores intervienen en esa integral inmensa que se llama el progreso humano es el Benjamín, seguramente, la Ingeniería. Pero como si quisiera resarcirse del retraso ha corrido de tal modo, que si no el primero de esos factores uno de los primeros, indudablemente, es hoy. Todos los demás son antiquísimos: la Religión nació con el hombre, ya fuera creado como tal, según la literalidad del Génesis, ya resultara de una evolución biológica, esencialmente completada con la *creación* de un alma inmortal, racional, responsable y religiosa. La Guerra nació en las manos de Caín; la Legislación en el Sinaí y en el Código de Manú; la Filosofía y la Ciencia

pura en la India y en Grecia; la política en el *Agora* ateniense y en el *Forum* romano. Y todas esas influencias obrando simultáneamente sobre el hombre le transformaron y definieron, llevándole hasta el estado político, científico y social en que le hallamos en los albores del siglo XIX; estado del cual, si no hubiese aparecido entonces ese Benjamín del progreso, no hubiera pasado la Humanidad, ciertamente. Los dos grandes inventos del siglo XIV, la Brújula, con sus consecuencias sobre la navegación y sobre los descubrimientos del globo, la Pólvora, con sus enormes derivaciones políticas, que derribando el feudalismo dieron pujanza a las monarquías y existencia política al pueblo, no tuvieron, ni hubieran tenido nunca, grandes consecuencias económico-sociales, y bien lo prueba el ciclo de guerras, el barajar incesante de fronteras que cubre la historia de cuatro siglos, del XV al XVIII sin que la vida económica y social de los pueblos experimentase alteración ni progreso alguno.

Pero otros dos inventos, que afectaban no al hombre-materia, sino al hombre-espíritu, vinieron a ser jabor y simiente para el magnífico desenvolvimiento industrial que tocaba presenciar a los que hoy vivimos, y para sus enormes consecuencias económicas, raíz de vastas transformaciones sociales. La Imprenta del siglo XV, y la Matemática superior del XVII fueron las precursoras de la Ingeniería, nonnata hasta fines del siglo XVIII. La Imprenta sacó de su raquitismo a millones de mentalidades antaño infecundas, y las robusteció con alimentación cerebral adecuada y abundante; la obra magnífica de Leibniz y de Newton, el Cálculo infinitesimal, proporcionó al hombre la herramienta mental indispensable para alzar el edificio de la Mecánica, de la Termodinámica, de la Electrotecnia, de las conquistas más valiosas del espíritu humano. La Arimética de los indios, la Geometría de los griegos y el Algebra de los árabes eran incapaces de conducir a esa fecundísima indagación de las relaciones de función y derivada, de causa y efecto, que existen entre la curva y su tangente, entre velocidad y aceleración, entre calor y entropía, entre todas las complejas funciones que definen los fenómenos eléctricos; indagación que al cabo ha conducido al descubrimiento de leyes naturales ignoradas forzosamente por quienes carecieron del ultra-microscopio de la cantidad, que es el Análisis diferencial y del constructor prodigioso, que con granos de arena eleva montañas, el Cálculo integral.

Dotados los hombres de esos instrumentos de inquisición, eficaces cual nunca los tuvieron, así como el ciego de nacimiento al cobrar la vista no se sacia de contemplar el Universo, y de escudriñar hasta el último detalle de cuanto descubre, así los hombres de ciencia, más numerosos y curiosos cada día, sometieron a revisión todos los conocimientos humanos, fruto hasta entonces de continuos tanteos; empezaron a resolver científicamente cuantos problemas lo fueran empíricamente hasta entonces, y al fin pudieron lanzarse a lo que jamás osaran, a trazar a los astros sus verdaderas rutas, a pesarlos a distancia de millones, de billones de metros, a descubrirlos con la pluma, sin haber de aplicar un ojo a un telescopio. Y en nuestros días, a escudriñar la constitución íntima de la materia, a vislumbrar con la mente entidades que jamás verán nuestros ojos, en los cuales el menor filamento nervioso, el bastoncillo más tenue es inmenso comparado con la imagen de la molécula, y nada digamos del átomo y del electrón... si existe. Entidades, eso no obstante, que son los cimientos de los mundos, y son la esencia de las formidables energías que inundan el Universo.

Volviendo la espalda a ciertas pseudo-ciencias antiguas, y especialmente a disquisiciones bizantinas y a escolasticismos medioevales, fué desde un principio carácter de esos nuevos rumbos mentales del hombre el dirigirse hacia las finalidades prácticas; y las ciencias aplicadas, que desde hacía siglos languidecían, sin más elementos de trabajo que máquinas tan toscas como la Matemática en que se fundaban, bruscamente se hallaron dotadas de nuevos elementos, empezaron a contar con auxiliares más numerosos y perfectos; más potentes, más capaces de elaborar siervos mecánicos, con los cuales va dominando el hombre, cada día mejor, los obstáculos que la Naturaleza opone a su existencia o a su desenvolvimiento.

Y así nació la Ingeniería.

Nació sana, creció rápidamente y vive robusta. Y así como escolásticamente se disputaba en la Edad Media qué fuera antes, si el huevo o la gallina, cabría preguntar: ¿quién ha desarrollado a quién, los ingenieros a la Ingeniería, o la Ingeniería a los ingenieros? A lo cual procede contestar que ambos proceden de ambos, por fecunda reacción mutua. A medida que cerebros esclarecidos labraban las dovelas de la Ciencia pura, iban tomándolas otros cerebros y formando los arcos audaces de la Ciencia aplicada, para pasar por ellos a feraces tierras

vírgenes; para realizar el último término de la serie famosa de Linneo «Perficere multos inventos». La evolución ha sido rápida; pocos decenios contaba el siglo XIX cuando ya existía una palanca nueva y poderosa para mover el mundo, la Ingeniería, creadora de todas las maravillas de la Industria y de la construcción modernas; y una corporación, cabe decir, una casta, de obreros mentales para manejarla, los ingenieros.

*

* *

La situación por éstos ocupada en la sociedad moderna es nueva, como lo son sus razones de ser. Digo que es nueva la situación, la actuación social del ingeniero, porque en forma que la distingue de las demás vienen a converger en él para que las relacione y armonice, tres corrientes de agentes bien distintos, bien heterogéneos, a veces enemigos entre sí: las verdades científicas que aplica, el trabajo humano que dirige y el capital que maneja.

Esta situación relativa de riqueza-capital, ingeniería y trabajo cabe asimilarla a la de una familia compuesta de tres personas que forzosamente han de convivir: madre, hija... y yerno. Con lo cual queda dicho que la primera es suegra. Se dice (no tengo datos para juzgar si con razón o sin ella), que la mamá es a veces avarienta, descontentadiza, propensa a encontrar que el tercero nunca cumple satisfactoriamente su deber. Se afirma, con razón tal vez, que en ocasiones el tercero manifiesta impulsos de echar los pies por alto, y que siente antipatías instintivas hacia su respetable mamá política. Y a la esposa toca la noble misión de, colocada entre esos defectos, atenuar para cada uno de los seres queridos los que pudieran herirle del otro; poner en relieve las buenas cualidades de cada uno —evitando cuidadosamente comparaciones, siempre odiosas, y en esos vidriosos grados de parentesco más—, y tratar de utilizarlas para el bien común. Claro es, que el hogar donde ambos extremos del tercero tienen sus defectos respectivos (y, ¿qué ser humano carece de ellos?), y donde eso no obstante, reina paz y bienestar, es hogar donde hay una mujer de buen talento, conocedora del arte de vivir entre las gentes, acaso preparada por un serio examen de casos desgraciados para evitar que sea esa familia un caso más.

Pues bien: esa es hoy la misión del ingeniero, propiamente dicho. Su misión social, la cual es por ahora la única que con-

sidero, prescindiendo de su misión técnica, también alta, también interesante, pero acaso no tanto, con ser la que ordinariamente se le supone, como esa misión... de casada discreta, que navega felizmente entre la Scilla y el Caribdis que en la vida llamamos suegra y yerno.

Tal vez la misión técnica del ingeniero fué la predominante medio siglo atrás: cuando la industria naciente, rápidamente desarrollada, llamaba a sí legiones de trabajadores, que llegaban de los campos dispuestos a no regatear su labor, y a tomar, mientras viesan cubiertas sus muy escasas necesidades materiales, lo que buenamente por su valor quisieran darles. Esos trabajadores traían en el alma impreso el sello que siglos y siglos de terruño, de gleba, estamparan en incontables generaciones de ascendientes suyos, que primero fueron esclavos, luego siervos, después vasallos, al cabo hombres nominalmente libres, y siempre cultivadores encorvados sobre lo que justamente se ha denominado la ingrata tierra. Habitados a trabajar para señores a quienes acaso nunca vieran, a contentarse, como sus bestias, con tener vivienda y alimento, no mucho mejores que un pienso y una cuadra, no comprendían siquiera, esas primeras generaciones de obreros industriales, que cupiera en seres humanos tener necesidades mayores ni exigencias más altas y, es claro, valiéndome de un símil vulgar, mientras no lloraron no mamaron. No exagero al pintar el cuadro, ni al afirmar que sus tonos sombríos han obscurecido todavía nuestros tiempos. Ese estado de cosas, cuando a fines de 1890 llegué a Bilbao, estaba recientísimo en las minas de hierro. Las formidables huelgas de ese año habían hecho acudir para mantener el orden a las tropas de la actual primera región, mandadas por el general Loma, y éste, al enterarse de las condiciones en que aquellos ilotas del siglo XIX vivían, mientras ganaban millones para sus amos, dijo a estos que se retiraría con sus tropas sí, inmediatamente, no se devolvía a los mineros la condición de hombres, empezando por pagarles en metálico, no en contraseñas que solamente eran admitidas en las cantinas y casas de dormir regidas por arrendatarios de los amos. En esas condiciones, huelga decir que la remuneración del trabajo era consumida totalmente en pagar cuadra y pienso.

No hace de esto aún 30 años. Entonces al ingeniero tocaba solamente ser técnico, dirigir el trabajo de las máquinas, ya que para dirigir el de los hombres había cabos de vara, pape

que repugnaba al ingeniero, a quien tocaba en hartas ocasiones ser testigo impotente de atropellos a los cuales estábale vedado imponerse. Era su papel, en mi símil, el de una mujer hija de opulenta madre y casada con un marido garrumino, que dice amén a cuanto, tuerto o derecho, manda la suegra. Esa casada puede sin inconveniente dedicarse a lo que en su esfera social sea más de su gusto: a emperifollarse, al visiteo, a escribir; pero en ningún caso a mantener armonía entre dos que no han de reñir por ser el uno incapaz de pensar siquiera en ello.

Pero al cabo de 30 años casa una hija, y trata, puesto que eso aprendió en cátedra doméstica, de que su hijo político desempeñe el mismo papel, no muy varonil, que antaño tocó a su marido; y halla que su yerno es de muy otra especie. Que ha pasado en su vida por contrariedades y luchas que han templado —y agriado— su carácter, que no es ya un ignorante... y que no solamente está dispuesto a resistirse a imposiciones, sino a tomar en ello iniciativas, injustas acaso, en póstumo castigo de injusticias pretéritas impuestas a su suegro, cuya historia conoce. No hay más que un medio para evitar un desastre doméstico, el que antes indiqué: es preciso que la esposa tenga el talento de ejercer esa doble dulce imposición que solamente puede proceder de una indiscutible superioridad moral. Esa es, hoy, la situación y la misión del ingeniero... propiamente dicho.

Son en la industria imprescindibles el trabajo y el capital. Es preciso el primero para manejar los instrumentos, más numerosos y complejos cada día, que han de satisfacer las necesidades, sin cesar crecientes, de una sociedad más y más refinada. Es, asimismo, menester el capital para adquirir esos elementos de trabajo y los materiales que han de ser transformados, y para atender a los gastos de la elaboración que los lleva desde su tosco estado primitivo a ser esos productos acabadísimos que llenan pródigamente nuestras necesidades materiales. Ambos órdenes de elementos son indispensables: de esa imprescindibilidad de que hartos se da cuenta cada uno de ellos dimana precisamente, su lucha por la hegemonía, constante aspiración de la soberbia y de la codicia humana.

Pero si el capital y el trabajo son indispensables, mucho más lo es la actuación del ingeniero. Solamente él conoce los recursos, maravillosos a veces, que poseen los elementos de trabajo que por su consejo adquirió el capitalista, quien a lo sumo tiene una idea muy vaga, nula a veces, errónea en ocasiones, de

su eficiencia tecnológica. El obrero conoce harto mejor lo que maneja que el propietario de la máquina, pero lo conoce en forma empírica, y cuando varían las circunstancias de ese trabajo, o las de los materiales empleados, se desorienta; y es, además, incapaz de obtener en todo momento, y cualesquiera que esas circunstancias sean, el máximo rendimiento a que aspira el ingeniero, por amor instintivo a la perfección técnica, por dignidad profesional... y por exigencias capitalistas. Colocado entre dos colaboradores, que en ocasiones parecen irreconciliables enemigos, participa de la naturaleza de ambos; y no por pertenecer yo a esa casta, sino por ser una verdad que reconocerán cuantos me escuchan, afirmo que esa parte, esa infusión de ambas naturalezas, es de cada una lo más desinteresado y lo más noble.

Bastarían esas circunstancias para hacer que cuantos *senti-mos* nuestra profesión nos ufanásemos con ella. Pero, desde que el *yerno* de mi símil lee, acaso lo menos necesario, y escucha tal vez a quien menos bien le quiere, ese papel de esposa conciliadora adquiere una trascendencia que va a ser predominante en los tiempos muy difíciles que se avecinan. Respecto del trabajador le corresponde enfrenar la demencia que a veces le ataca, y que desfigura las que sin ella serían justas reivindicaciones; respecto del capital le toca imbuirle una noción de la cual, por desgracia, suele hallarse muy lejos: le toca persuadirle de la importancia del trabajo. Es harto propenso el capital a olvidar que el único origen legítimo de la riqueza, según las enseñanzas de Cristo, es el trabajo, los frutos acumulados del trabajo propio; y además, que de nada sirven la feracidad de los campos, los millones que costó una fábrica, las riquezas acumuladas en las cuentas de una sociedad, si los obreros cruzan los brazos. Ni aun en aquellas que solamente fabrican cifras, las entidades financieras, donde los obreros manejan una pluma por toda herramienta. No se me tachará de sembrador de rebeldías, pues no me oyen más que obreros del cerebro. Ni tampoco lo sería si me oyeran los del músculo.

He dicho que se avecinan tiempos difíciles, y es menester que insista en ello, es necesario, que, varonilmente, miremos cara a cara y tratemos todos de encauzar la inundación que, hagamos lo que hagamos, llega... y pidamos a Dios que su violencia no rebase todo cauce. Solamente hay un medio para conseguirlo: ampliar los cauces, persuadiéndose quienes los mar-

can de que los tiempos en que los obreros se allanaban a cuanto se les ordenaba, y tomaban resignados lo que por su ruda labor se les quisiera dar, pasaron para no volver ya nunca. La misión del ingeniero social, del mediador entre el capital y el trabajo se hace más y más difícil a medida que las exigencias inherentes, inseparables del capital, que hallaron primero dócil sumisión y luego pasiva resistencia, encuentran, más acentuadas cada día, exigencias correspondientes del trabajo.

Este proceso que paulatinamente había ido desarrollándose en España durante los 25 años que precedieron al 1914, ha pasado, como ciertas enfermedades largo tiempo larvadas, súbitamente a un estado agudo al recibir en un terreno sobradamente preparado los virulentos gérmenes morbosos que, como el cólera o el tifus, tan fácilmente brotan en los campamentos, para extenderse acaso hasta quienes más lejos están de los campos de batalla. Desde los de Francia vinieron a causar estragos en España dos graves epidemias, en la primavera y otoño pasados; desde la lejana Rusia llegan asimismo los gérmenes de graves dolencias sociales, que amenazan la vida económica de España, como aquellos morbos amenazaron y segaron no pocas vidas de españoles.

Pero el conocimiento del mal que nos amenaza es una cosa, y el terror que agarrota y paraliza toda resistencia es cosa muy distinta. En épocas que se pretende resucitar, y que fueron bien tristes para España, pareció podrida y descompuesta la disciplina del soldado cuya disolución —y Rusia lo ha probado bien claramente— conduce al caos político y social. Pero en medio de aquella formidable marejada flotó inmune de contagio la disciplina de las tropas de un Cuerpo al cual me honré perteneciendo, y la conservó por el único procedimiento capaz de trazar cauce a ciertas corrientes: la conservó porque los oficiales de ingenieros, tradicionalmente, trataban a sus subordinados no como a cosas, sino como a hombres. No parece, pues, imposible eucauzar ese movimiento incontenible, siendo el único modo de lograrlo el dar ejemplo de sensatez los más ilustrados y más cuerdos, «poniéndose en razón», como se dice vulgarmente... hasta en ocasiones en que quienes reclaman se salen de ella. Obran, aun en caso tal, atenuantes en favor de los trabajadores: su ignorancia, de la cual no son responsables, pues es preciso tributarles la justicia de que sienten verdadero afán por aprender cuanto se les enseña; el abandono moral en que les

tienen quienes debieran dirigirles, dejándoles ser presa fácil de agitadores sin escrúpulos; la miseria, el hambre crónica, tan mala consejera, que tantas veces es, desde la cuna, compañera inseparable suya y de sus hijos. No es fácil, para quien piense honradamente, aplicar inflexibles criterios de justicia rectilínea a quienes, aun no alegándolas, tienen en favor suyo esas atenuantes. Tiene razón otra frase vulgar, que habla del modo mejor de cazar moscas, y ciertamente cuantos me oyen sabrán de industrias donde apenas hay huelgas, y espontáneas nunca. Pues bien, el ejemplo de esas industrias, el que antes he citado acerca de disciplina, dicen qué marcha es menester seguir para moderar, primero, y después encauzar ese movimiento social que se anuncia formidable; el medio que ya preconizó el Papa máximo León XIII en su admirable Encíclica «De conditione opificum», en la cual, desde los orígenes de este movimiento social, preveía su desarrollo y formulaba sus remedios. ¡Lástima que no le oyeran a tiempo quienes, ciertamente, no carecen de oídos!

Claro es, que nos hallamos en los momentos más difíciles de todo movimiento social: en los primeros. Estamos, en España especialmente, en la transición entre el segundo y el tercer período de la protesta obrera. En 1889 y 90 se produjo la transición entre la callada resignación y la resistencia pasiva, caracterizada por la huelga en general pacífica; ahora nos hallamos en la transición entre la resistencia pasiva y la exigencia violenta, que tiene por expresión la huelga revolucionaria. Esa transición es la que requiere y, en mi concepto, admite encauzamiento. La transición que cruzamos 30 años hace ha ido perdiendo acritud y aspereza, en términos que apenas podíamos concebir quienes entonces hacíamos las primeras armas en asuntos sociales. Hoy el hablar de socialismo y de sociedades de resistencia no es, como entonces era, nombrar al Coco.

Creo, por eso, que mis colegas no necesitan consejos para ver bien cosa tan clara como la su actitud más recomendable en estos momentos; y que aun cuando sea en detrimento de labores más atractivos, donde las x x nunca se insubordinan, han de ser, cada día más, ingenieros sociales antes que técnicos, usando en bien de todos el ascendiente innegable que alcanza el obrero del cerebro sobre el del músculo, quien le ve acometer los problemas que continuamente plantea la industria, vagamente entrevistados por él y satisfactoriamente resueltos por

su jefe. Cuantos hemos manejado obreros hemos visto el placer casi infantil que en ciertos casos les producen determinadas soluciones, rápidas y elegantes, que cabe dar a espinosos problemas prácticos. Y a su vez, y no solamente por ganar las simpatías de los obreros, se les debe escuchar en cuanto propongan en bien del trabajo, seguir con paciencia los razonamientos, no siempre claros, en que lo apoyan, facilitar su adopción si lo propuesto resulta conveniente, cosa que frecuentemente ocurre, o desahuciarles, no «porque sí», mas dándoles razones que les convenzan, lo cual, si hay cordialidad entre jefes y obreros, siempre ocurre.

Hace un par de años, a los 16 de haber dejado la dirección de Altos Hornos, acompañé a visitar aquella fábrica al doctor Savirón y a un grupo de discípulos suyos; y uno de éstos me contó después haber oído a un obrero antiguo, uno de los 2.500 que antaño tuve a mis órdenes, decir a otro, más moderno, «que yo había sido para ellos un padre». Sin necesitar, añado yo, lenidades nocivas para el capital, pues si vale crear las Memorias de aquellos 8 ejercicios, no fueron los menos prósperos de la antigua Sociedad de Altos Hornos.

Nada tengo que añadir que a consejo suene para que mis colegas lo oigan, pues cuantos de ellos se hallen en potencia de seguirlos han de propender a hacerlo espontáneamente.

Pero no solamente de satisfacciones morales vive el hombre, y en las clases proletarias, donde la presión de las necesidades es tan imperiosa, el factor económico es para muy tenido en cuenta, por ser el *substratum*, hoy y siempre, de toda divergencia social; y en esas luchas corresponde la iniciativa de cuanto se haga a quien en ellas tiene por arma la llave de la caja. Es, pues, del caso dar media vuelta, y ver qué deben aconsejar esos celosos mediadores cuando se dirigen a la suegra. Al capital quise decir. No le moleste la errata, pues hay mamás políticas (pocas), que parecen moldeadas en mazapanes toledanos.

Claro es, que cuanto a mejoras económicas, fuente de concordia pueda oler, solamente la aquiescencia del capital puede otorgarlo. Y para desvanecer, desde el principio de este fragmento de mi tesis, toda idea de que yo preconice como remedio un brutal aumento de jornales, que nada remediaría moralmente, he de narrar un episodio, harto elocuente en mi concepto.

A principios de 1892 la situación de Altos Hornos era crítica. Industria poco progresiva, nacida ya casi decrepita 10 años antes, veíase arrollada por la importación de hierros procedentes del extranjero, de productores más adelantados. Era menester pedir un esfuerzo de producción al personal obrero, para lograrla más barata, y no siendo admitido por los laminadores el trabajo a destajo, se trató de implantar un sistema de primas que estimulara la producción, basado en lo siguiente. Se halló la producción mínima, media y máxima para cada uno de los perfiles laminados en los trenes reversibles durante el último quinquenio, y se calculó una prima o remuneración progresiva por tonelada, de tal modo, que cuando por un motivo cualquiera la producción fuera la mínima, o menor, el jornal bajaría hasta el 75 por 100 del jornal fijo antiguo, mientras que, llegando al máximo la producción, la prima lo elevaba al 133 por 100 del jornal antiguo. Por consiguiente, a la producción media correspondería la media aritmética de esas dos cantidades, o el 104 por 100 del jornal fijo hasta entonces ganado cualquiera que la producción fuese.

Yo, que dirigía entonces los laminadores, fui el encargado de calcular los baremios de primas correspondientes a cada perfil y a cada precio de jornal, cosa que me hizo dar muchísimos millares de vueltas a la manecilla de un aritmómetro. Y aún repetí ese trabajo, pues luego de hecho pensé que sería justo hacer progresivamente creciente las primas, ya que la laminación de cada tonelada era más penosa para los obreros a medida que aumentaba la producción, así como también era más beneficiosa para la Sociedad. Hice observar eso al director de la fábrica, convino en ello, y repetí muy gustoso mis millares de operaciones. La producción media, a consecuencia de esto, daba a los obreros el 107 por 100 del jornal antiguo.

Algo habían traslucido los obreros de lo que se preparaba, y cuando fueron expuestos esos detalladísimos baremios para llevarlos a la práctica, su primer resultado fué una huelga, pues no quisieron los obreros ver al principio sino el hecho de que el jornal fijo quedaba reducido al 75 por 100 del antiguo. Y nótese un hecho sintomático. En aquellos tiempos aún se osaba en Bilbao hacer una reforma en el régimen de remuneración, por ser beneficiosa para los obreros, sin su beneplácito.

Duró esa huelga una semana, durante la cual Disdier y yo hicimos buen consumo de paciencia y palabras para convencer

a los obreros huelguistas (pacíficos, salvo algún garrotazo que otro) y al cabo propuse y fué aceptado que se hiciese un ensayo leal durante dos quincenas, con la promesa de volver al sistema primitivo si así lo pedían los obreros al cabo de ese plazo. Pasado más de un mes, y viendo que nadie hablaba de regresiones, pregunté a un laminador qué harían si se abolía el sistema de primas, y me contestó sonriendo: «Nos declararíamos inmediatamente en huelga».

Al cabo de 27 años sigue vigente el sistema, que se ha ampliado a otras secciones, proporcionando excelentes jornales a los obreros y habiendo hecho disminuir bastante, merced al aumento de producción, el costo de la mano de obra en la laminación de barras.

Esto es, meramente, un ejemplo que acomodado a todas las ramas de la industria representaría lo que en mi concepto es la solución, la única solución, que al capital queda para encauzar las reivindicaciones de los trabajadores; la solución que resuelve las dos fases del problema, la económica y la ética. Es decir, el principio según el cual deben coparticipar en los beneficios de toda industria los dos elementos que colaboran en su obtención, capital y trabajo.

No he concluído con mi ejemplo, del cual cabe deducir nuevas enseñanzas. Cuando cobraban esos obreros quincenas copiosas (ya presentidas, pues hallaban al día en los baremios lo por cada uno devengado, según lo producido) experimentaban la natural satisfacción de sentir en su mano mayor carga de monedas. Pero esa complacencia era muy distinta de la que hubiesen sentido cuando esa mayor remuneración fuera debida a lo que he calificado de brutal aumento de jornales, fruto acaso de una huelga. Día tras día, en los 12 de trabajo, había ido aumentando la ventaja conseguida por cada obrero al cultivar por legítima ambición, y con satisfacción aún más legítima de su amor propio, el pequeño bienestar, de valor moral tan grande, que para él y los suyos representaba el mayor esfuerzo que desarrollaba en eso tan noble, tan dignificador, que se llama el trabajo humano. Era bien interesante, bien docente, el ver cómo de vez en cuando acudían los laminadores a la pizarra donde una por una se anotaban las barras útiles producidas, y de allí al cuadro de los baremios, para calcular si llevaban bien la tarea. Yo, al llegar al taller, había de echar mano de la regla de cálculo para, dada la hora y dado lo pro-

ducido deducir si la producción era satisfactoria, y ellos, calculando de memoria, se adelantaban a esa indagación. Si en mi visita me acompañaba algún consejero de la Sociedad, y hecho mi cálculo le decía que la tarea rebasaría en tantas o cuantas toneladas al promedio de producción, le complacía la noticia, que representaba para él unas pesetas; y sin necesidad de decirselo a los trabajadores les veía satisfechos por la misma causa. ¡El burgués y el obrero satisfechos por el mismo motivo... ¿Es eso muy frecuente en la industria?

Y ambas satisfacciones dimanaban del mismo origen. Desde Rosendo Argüelles, el contraamaestre del taller, hasta el último pinche, revoltoso y tizado, todos estaban interesados en la buena marcha del trabajo, ya que todos, automáticamente, participaban en los beneficios que producían para la Sociedad. Y es tal la eficacia moralizadora de causas pequeñas en apariencia, pero que no lo son para quien ve influido por ellas el pan cotidiano de sus hijos, que en las graves huelgas de Junio-Agosto de 1899 el personal que dejó el último su trabajo, ante las amenazas de los demás, fué el de ese taller, el de los laminadores reversibles. Estoy persuadido de que la generalización a todos los oficios manuales del sistema reseñado, con las modificaciones a cada caso correspondientes sería, si cabe aún, cauce por donde fluya sin estragos la inundación social que llega. No pocos delincuentes se han tornado honrados al recibir un nombramiento de agente de policía que les hace participar — como a mis obreros en los beneficios del capital — en ese fondo de orden y justicia que debe ser la riqueza de toda sociedad humana. Tiene de moralizador, de pacificador ese principio tanto cuanto tiene de revolucionaria, de disolvente la que Lassalle definió «Ley de Bronce del Salario».

Dudo que sea posible alzar objeciones éticas, objeciones verdad contra ese sistema, pero quiero ocuparme de las formuladas. La primera, el argumento Aquiles—sofisma por lo tanto — que se opone, es decir: «Con ese sistema, los trabajadores están a las maduras, y a las crudas no; participan en los beneficios y no en las pérdidas.» Conviene examinarla.

Si a ella se llega, es admitiendo implícitamente la justicia de que el obrero cuando es productor de beneficios participe de ellos. Es preciso, pues, examinar solamente la hipótesis de que haya pérdidas.

En el sistema reseñado, si ellas proceden del trabajo insuficiente o defectuoso del obrero, automáticamente resulta éste perjudicado, pues la prima, indispensable para que no trabaje con pérdida, solamente aparece si se rebasa un tipo de producción que debe dar beneficios a la Sociedad. Si, eso no obstante, no hay beneficios por causas exteriores, o por obra de una administración defectuosa, mientras el obrero trabaja con celo, realmente, al producir barato logró disminuir el daño de ajenos errores, y aunque éstos absorban con exceso los beneficios que su buen trabajo produjo, no por eso dejó de darlos, y esto a él derechos sobre ellos.

Supongamos que esa marcha desfavorable llegue a la ruína de la industria. Si ésta, como implícitamente se supone cuando es de importancia, tiene su capital en forma anónima, pierde cada accionista, a lo sumo, lo que desembolsó por sus acciones, y raro es el caso en que éstas constituyan toda su fortuna. Su pérdida es, realmente, el interés legal de la fracción de su capital así consumida. El obrero pierde el interés de la totalidad de su capital, que es su potencia de trabajo, al desaparecer la industria que le ocupaba, siendo éticamente indiferente, *en relación con ella*, que halle o no trabajo en otra parte.

Otra objeción que también se formula es baladí. Consiste en decir que así como los accionistas tienen derecho a entrar en los secretos de la contabilidad, de la cual resultan sus beneficios o pérdidas, reclamarían igual acceso a esos misterios los obreros. No necesito, para refutar esa objeción, sino acudir a mi experiencia, y recordar a los laminadores de Altos Hornos. Se les presentó el cálculo de esa su participación en forma tan diáfana, tan a su alcance, que jamás fué menester, en cuanto la hubieron comprendido—, lo cual no requirió sino unos pocos minutos de explicaciones cuando se pusieron a tiro de ellas—, hacerles ya nunca confidencias acerca de misterio alguno. Y, aparte de eso, quisiera yo saber si todo accionista (estoy por decir: si algún accionista fuera del Consejo de Administración) se entera de la contabilidad de la Sociedad a la cual, a cambio de acciones, entregó su dinero.

La verdadera objeción, *la que se calla*, es doble. Repugna al capital reconocer en forma explícita que en la industria monta tanto el trabajo como él. Y le repugna, muy especialmente, reconocerlo en forma sonante, en lo cual ve una merma de sus beneficios.

El vencer la primera repugnancia es cuestión de dar un paso más, pues el primero está ya dado. No hay industria sensata que no tenga interesado en sus beneficios a su alto personal, precisamente en forma de primas, pues además de un sueldo fijo, relativamente modesto, se le asigna un n por 100 de los beneficios anuales. Se reconoce, pues, la justicia de tal principio en cuanto al trabajo mental; y yo, que a él me dedico, y puedo compararlo con el material, no acierto a ver qué diferencia haya entre sus importancias respectivas, ni razón para que se niegue al uno lo que se reconoce al otro.

Y la última objeción, para terminar con este punto, procede de un error, exclusivamente. No hay gasto más fecundo para el capital que el dedicado a estimular, material y moralmente, el celo de sus obreros y empleados. Aseguro, honradamente, que las primas abonadas a los laminadores de Altos Hornos eran dinero prestado a rédito usurario, ya que duplicado, o triplicado, reaparecía en aumento de cantidad y mejora de calidad de productos, al cabo de un mes, en los estados de fabricación de las barras laminadas.

Rebatidas las objeciones sería del caso enumerar las ventajas, pero esto va ya largo, y quiero fijarme solamente en una de ellas, la más interesante hoy: en el influjo pacificador, armonizador, en la labor de esposa discreta que puede representar ese sistema entre quienes se enseñan hoy los dientes. Y para enunciar concisamente mi pensamiento diré que las luchas sociales que presenciamos no desaparecerán por acción *unilateral* alguna: ni por el predominio que antaño tuvo el capital, predominio al cual no cabe ya volver, ni por la titulada «repartición social», desastre de todos, que vemos funcionar en lo que fué Rusia. Desaparecerán esas luchas el día en que cada obrero se sienta, sea virtual o actualmente accionista de la industria para la cual trabaja.

Claro es, que con merma de la participación del capital en los beneficios que hoy monopoliza, y una parte los cuales habría de ceder al segundo agente de ellos, igualmente esencial que él e igual en derechos, al trabajo. Pero eso es irremediable, y hasta dichoso podrá considerarse el capital si esa amputación salva su existencia, cual a veces salva la de un hombre el cercenar algo que en su cuerpo empezó a gangrenarse. Esa es mi convicción, y la de muchos, y es deber de quienes vemos eso laramente avisarlo a quienes tienen ojos... para otras cosas.

Por otra parte, lo que yo he visto en un caso práctico me autoriza a pensar que, como antaño en Altos Hornos, la mejora lograda en la producción había de compensar, parcial o totalmente, y acaso con exceso, lo que absorbiese la participación de los obreros en los beneficios. Allí, cuanto más ganaban los laminadores más ganaba la Sociedad, pues aumento de producción es sinónimo de abaratamiento del producto, y los estados de fabricación, que no engañan, confirmaban (y confirman, pues los conservo) una vez más ese axioma. La queja constante de los patronos es lo que nació y fué bautizado en Francia *le sabotage* del trabajo, la producción deliberadamente escasa y defectuosa, devengando el jornal. No hay correctivo para ello sino el sistema de primas, ya que estas sólo proceden de producir *mucho*, y producir *bien*.

*
* * *

De la situación a que la guerra mundial ha traído a España caben tres soluciones: la *inundación*, el *dique* o el *cauce*.

Caben, realmente, dos nada más. La inundación sería... la Rusia de los soviets. Nadie que ame a España puede llamar solución a eso. Quedan, pues, la segunda y la tercera.

El dique... ¿Acaso lo hubo para las invasiones que cerraron la Edad Antigua? ¿Puede hoy oponerse algún dique al navalismo inglés? Conteste Wilson. Hay fuerzas realmente cósmicas, elementales; y una de ellas es el avance del proletariado demandando mejoras. No ignoro que muchos, juzgando aún contenibles ciertas cosas, se imaginan que es posible el dique, y piden que se le alce ante ese avance y lo contenga... ya sabéis cómo: a tiros. Dios nos tenga de su santa mano, y no la retire de quienes nos gobiernan. Esa tentativa sería el fin de España. Las piedras de ese dique proceden del pueblo, y pudieran recordarlo y, lejos de contraer la inundación, caer con su inmensa pesadumbre, revueltas con las aguas embravecidas, sobre los que de él quisieron ampararse. No se gaste en dirimir conflictos meramente económicos una fuerza y un prestigio necesarios para proteger lo que no es convencional y contingente: la vida y la honra de la Patria.

Además, hay inundaciones tales, que no cabe oponerles dique. De Andalucía llegan amenazas pavorosas, escalofrantes. Los millares de kilómetros cuadrados hoy cubiertos de verdes mieses, lo estarán en breve de mies dorada y seca, a merced de

unos pocos millares de fósforos, bastantes para desatar, en millares de sitios a la vez, una destrucción incontenible. ¿Qué dique cabe contra eso? ¿Bastarían... *si quisieran disparar*, cuantos mausers hay en España?

En 1916 hube de viajar mucho, en Abril, Mayo y Junio, a través de las ubérrimas llanuras andaluzas, asombrándome al ver la riqueza que en ellas estaba hinchando las espigas recias. —Y por entre esas riquezas veía circular, alzándolas, a bandadas de espectros andrajosos, los labriegos andaluces que llevaban, como los campesinos romanos la malaria, retratada en el rostro una endemia, el hambre crónica... su sobriedad famosa. Dijéronme que aquellos labriegos trabajaban de sol a sol por dos gazpachos, y dos, tres o cuatro reales, según las épocas. —Entre muchísimos, aunando sus extenuadas fuerzas, colmaban de grano, de vino, de aceite, los vastos trojes de las granjas sabiendo que aquello, cuya mitad hubiera hecho vivir en la abundancia a sus hambrientas familias iba, en su totalidad, a ser disfrutado por una sola que de tarde en cuando aparecía, por aquellos cortijos escoltada por opulentos toreros, señoritos chulos y señoritas achuladas, o elegantes meretrices extranjeras, para tenter becerros bravos unas veces, otras para correr liebres... y siempre para correr juergas, *muy Españolas*; dejando en pos de sí, al ir a otra parte para seguir gozando, los frutos del hambre de todo un pueblo, una estela de alcohol caro, de perfumes delicados, y de odios. —Eso, en frase culta, casi bonita, se llama *absentismo*. —¿No es un peligro inmenso, cuando amarillean las mieses de esos ricos, la baratura de los fósforos en manos de los descendientes encanijados de larguísima estirpe de hambrientos?...¿Es posible el dique?

No; no es posible sino el cauce. Si esos latifundarios dijeran a sus obreros: «vuestro trabajo ha producido en mis tierras la magnífica cosecha que veis sazonar. Sin vosotros nada hubiera logrado yo, y vosotros sin mis tierras tampoco. Por consiguiente, la mitad de lo que tenéis a la vista es vuestra, y os la repartiré a prorrata de las bocas que haya de mantener cada uno»: si tal dijeran, no quemarían los obreros las mieses, ciertamente. Y además, cuando llegara a un cortijo andaluz alguna carta de un misterioso comité Sindicalista predicando la destrucción de todo, no se congregarian los obreros, todos los obreros para oirla leer, como ahora, *gorra en mano*, ya que

contra ese predicar opondrían el hecho de que los ricos «daban trigo».—Pero hoy los ricos... ni siquiera predicán.

Se impone el cauce, un cauce muy amplio, por si basta. Como dije al hablar de los obreros fabriles, que deben llegar a sentirse virtualmente accionistas de la industria para la cual trabajan, digo de todos.

Yo no sé si con ello satisfarían esos latifundarios a la segunda de las virtudes cardinales, pero es indiscutible que atenderían a la primera. Tal vez alguno de ellos se enterara de que existe una cuarta, como nos consta a cuantos de nuestro trabajo vivimos, pero de ser así ganaría en salud su alma y en vigor su cuerpo. Resultarían, indudablemente, perjudicadas gentes de barreras, de bastidores, de garitos, de... etc. pero de eso a fe, cabría consolarse.

*
* *

¿Se hará esto, en la industria y en los campos? Y si se ha ce ¿llegará a tiempo?

He aquí dos interrogaciones graves. Su respuesta afirmativa, a las dos significará la Evolución. La respuesta negativa, a una tan solo, significará la Revolución. Pero no la revolución «Pour rire» de los *sans culottes* de 1793, sino la revolución tan seria, de los bolchevís de 1918.

Sé que es antipático el papel de bíblico Jeremías y la Cassandra homérica, pero eso no ha de impedirme decir las que creo verdades, y verdades útiles para los demás. El creer que nos hallamos, plenamente, en tiempos difíciles, no debe arredrarnos. No me arredra de esforzarme en crear una industria necesaria y nueva el que ésta haya de nacer en plena evolución social. Muy al contrario; no necesitando corregir resabios para ponerse a tono con los tiempos nuevos, edificando de planta su organización obrera con arreglo a las normas requeridas por lo que se nos echa encima, puede y debe, como un buque bien construído proa al mar, montar la ola que se precipita a su encuentro... y que acaso no tramonten buques más viejos o peor construídos. Básteme citar algún detalle. En mi proyecto, empezado hace tres años, he contado con el trabajo continuo, a tres relevos de a 8 horas; en el amplio cálculo de tipos de jornales va comprendido lo requerido para dar primas de producción a todo el personal; y las directivas o normas de la con-

tabilidad consentirán, mejor dicho, preceptúan que todo el personal técnico y obrero participe de los beneficios sociales.

*
* *

No se crea pesimismo artificial o caprichoso el vaticinar transformaciones radicales en la organización económica del mundo. Podría esperarse que este movimiento se amortiguara o extinguiera si fuese de origen político; mas no es así, sus causas son económicas y han de durar harto más de lo necesario para determinar la evolución más cumplida... o la revolución más arrolladora.

Es difícil llegar a imaginar qué destrucción de riquezas han producido 51 meses de guerra casi mundial en dos aspectos, riqueza-capital y riqueza-trabajo. La primera en buques hundidos, campañas arrasadas, industrias, minas y vías de comunicación destruidas. La segunda, en millones y millones de productores muertos o inhabilitados para el trabajo, en proporción de un elevado tanto por ciento de los más eficaces y útiles. A fines del siglo XVIII Tomás Roberto Malthus temió injustificadamente un desequilibrio entre la productividad y las necesidades de la Humanidad, al establecer sus dos famosas progresiones, aritmética la de producción de alimentos y geométrica la de reproducción humana. Y esos vaticinios, entonces infundados, son una realidad de nuestros días. Aun cuando la guerra directa o indirectamente haya costado 14.000.000 de vidas no ha mermado sino el uno por ciento las necesidades de la humanidad, compuesta de unos 1.400 millones de vivientes. Pero esos 14 millones de muertos restados de la parte más útil y laboriosa de la humanidad, representan un tanto por 100 muy elevado cercenado de la productividad humana, la cual, aun trabajando a toda máquina, nunca ha hecho mas que cubrir sus necesidades, las *normales*, que ahora vienen aumentadas enormemente por la necesidad de reconstruir lo destruido, inmovilizando en ello nuevas riquezas incontables, que tardarán en producir.

La Humanidad, pues, se ha empobrecido notablemente en su conjunto; y la intranquilidad, las luchas actuales, son meramente, esfuerzos de distribución de esas cantidades negativas, herencia irrenunciable y pesadísima que rechazan todos; y principalmente, son debidas a que esa distribución, que no es nueva en la historia, ciertamente, ha de hacerse bajo normas completamente nuevas. Si un siglo atrás hubiera sido necesario hacer

ese corte de cuentas, la liquidación de esa pesadísima herencia de deudas hubiérase resuelto privando a los de abajo hasta de lo necesario, y, cuando esto no bastase, a los demás de lo superfluo. La abnegación de los *habentes* nunca ha pasado de ahí. Pero ahora los *carentes* se han contado y unido, y no va a ser fácil imponerles el criterio ajeno acerca de dividendos pasivos, de distribuciones negativas. Están diciéndoles.... con el ejemplo, que la fuerza es derecho; y no ignoran que son los más, que son los productores.... que son la fuerza. Hasta saben que salen de ellos los ejércitos. No ya por equidad, por cordura meramente creo que necesitan parlamentar, entenderse, la suegra y el yerno. Evitando, *cueste lo que cueste*, que el yerno se desboque. Si eso se evita, todo sacrificio estará justificado. Miremos a Rusia. ...

Y no olvidemos que ese empobrecimiento colectivo ha de aumentar aún, y mucho si Dios no lo remedia. En la guerra Anglo-Germana se ha disputado la hegemonía industrial,—y comercial sobre todo—, que había ido escapándose de las manos de Inglaterra durante el reinado de Guillermo II; en la futura guerra Anglo-Nipo-Americana se disputará el dominio de los mares, hoy indiscutiblemente ingleses y codiciados por el vigor juvenil de los Estados Unidos. Esa guerra será más breve, pero acaso más destructora que la pasada.

* * *

Más de una vez digo a mis hijos, a los que en 1914 habían alcanzado la edad de la razón, que cuando dentro de 50 años cuenten a sus nietos cómo se vivía a principios del siglo, y cuando les digan que había gentes que sin estar baldadas ni ser imbéciles comían, vestían, se alojaban cómodamente y no ejecutaban trabajo ni practicaban profesión alguna, les oirán tal vez en silencio, pero al separarse dirán unos a otros: «El abuelito chochea...».

Tal ha de ser la transformación social y económica que se avecina. Añado que la historia del porvenir señalará una edad nueva, contándola desde el 28 de Junio de 1914. Y termino encargándoles que templen su espíritu, que se habitúen al trabajo..... y que pidan a Dios que este cambio social pueda llamarse evolución.

Creo poder ensanchar fuera del círculo de mi familia el buen

deseo que me mueve a colaborar como en mi mano esté en ello. Y persuadido de cuánto importa el aproximar el capital y el trabajo, creo que el desederátum de esa empresa sería la fusión de ambos en una sola «clase productora» en forma que es realizable. El día en que todo capitalista trabajase y en que todo trabajador participase de los beneficios que co-produce, todos en la fraternidad ordenada por Cristo, los conflictos sociales quedarían resueltos.

En mi concepto apremia, y de veras, el realizarlo. El pensamiento del *demos* ha evolucionado en poquísimos años con rapidez inesperada. Especialmente en España, donde es la imaginación tan impresionable como es en la instrucción escasa, y cuyo pueblo se descristianiza rápidamente, lo cual se explica. La plebe del sacerdocio, el clero realmente importante se muere de hambre,—no en sentido figurado, sino propio—, entre un presupuesto de más de 41 millones de pesetas para atenciones eclesiásticas y las estúpidas larguezas de católicos miopes. Cuando veo ciertas suntuosas festividades, verdaderos saraos devotos; ciertos santuarios adornados como boudoirs, ciertos amontonamientos de joyas sobre inertes imágenes, me acuerdo de millares de párrocos y de coadjutores famélicos, de seminarios despoblados..... y me explico el formidable reflujo de la fe española, mientras en Alemania, en Inglaterra y en los Estados Unidos el catolicismo multiplica sus prosélitos. Aquellos protestantes renuncian a su protesta; estos católicos ni siquiera se hacen cristianos protestantes; se hacen ateos. Me hallo cerca del pueblo y siempre me ha interesado el estudiarlo; y por ambas causas puedo y debo decir que la burguesización de los obreros con su premisa indispensable, la laborización de los capitalistas,—tendiendo *todos* a ser trabajadores justamente remunerados, son las únicas medidas que pueden, *si acaso*, conjurar la soviétización de España. Medidas harto más urgentes que se cree.

Eso, no es, meramente, un remedio para salir del paso. Es el porvenir de España lo que con esa transformación ha de orientarse. ¿Cómo? ¿Hacia dónde? Aquí, séame permitido dirigir al porvenir una mirada.

Pienso que los historiadores dentro de unos siglos han de dividir la Historia humana en solas tres Edades; La Antigua, hasta el advenimiento de Cristo, la Media, formada por los 1914 años siguientes y de ahí en adelante la Moderna; y que respec-

tivamente las llamarán de la Esclavitud, de la Emancipación doctrinal, o teórica, y de la Emancipación económica, o práctica. Hoy está pasando la humanidad indiscutiblemente a una edad nueva. Y quienes en ella entren antes y con pie más firme han de llevar a los demás ventaja enorme. ¿Quiénes están llamados a eso?

En primer término, indiscutiblemente, los pueblos que hayan sabido conservar sano su juicio ante una casi universal demencia: España entre ellos. No llevarán el «Handicap» formidable de la merma de población y de riqueza, ni su mentalidad colectiva necesitará reponerse de esa especie de *meningitis bélica*, que acaso en el cerebro de otros pueblos haya dejado lesiones imborrables.

Durante esa evolución, tan erizada de peligros, deberemos observar atentamente lo que haga un pueblo que debiera haber sido constantemente estudiado por los gobernantes españoles, y que ahora puede seguir siendo fecundo vivero de enseñanzas para nosotros provechosas; el pueblo germano. El pueblo que acaso guarde para la musa Clío grandísimas sorpresas.

Cuando el hambre consiguió lo que no lograron 17 millones y medio de soldados bloqueadores (datos ingleses), es decir hacer deponer las armas a los 7 millones y medio de soldados bloqueados a quienes no habían podido echar de los territorios que invadieran, empezó el aniquilamiento sistemático de la ya inerte raza germánica, exigiendo la entrega de la totalidad de sus armas terrestres, navales y aéreas, y de la casi totalidad de su flota mercante y de su material ferroviario..... y agrícola, reteniendo en cautiverio lo más viril de su población y prolongando el bloqueo medio año después de depuestas las armas. Luego de podar hasta la última rama del que fué árbol frondoso aplicóse el microscopio a cada punto del pelado tronco, avizorando dónde hubiera una célula capaz de germinar dando un retoño, para cauterizarla. Dijérase que se trata no de hacer imposible esta guerra, sino de impedir un período nuevo, como el de 1871 a 1914, de fecunda paz por muchos harto más temida que la guerra.

Eso no obstante, siempre he presentido el resurgimiento de la raza germánica, raza de hombres, que creo conocer a fondo. Antes, al afirmar esa convicción lo hacía sin bases, sin argumentos, como se cree. Y ahora, desde hace muy poco tiempo, entreveo por dónde esa raza, que parece aniquilada, va a resur-

gir; por donde menos previeron sus enemigos. Esa raza, y en especial el pueblo alemán que la dirige, y que ha pasado todo él por las mejores escuelas del mundo, está mejor preparada que todas las demás para la evolución vastísima, para el gigantesco cambio de frente que la Humanidad está empezando, y la misma presión de la necesidad, de la miseria a que se cree haberla condenado para siempre, va a ser su maestro, su organizador, que la hará entrar, precediendo a todos los demás pueblos, en los caminos definitivos de la Humanidad. Observemos cómo evoluciona, para aprender, sin pasar por esa durísima escuela, algo que de aquí adelante va a ser indispensable para los pueblos que quieran vivir en un mundo radicalmente transformado. Napoleón I, queriendo y creyendo destruir para siempre el poder militar de Prusia, hizo de ella el país más científicamente militar del mundo, al que han imitado servilmente los demás. Quienes quieren y creen aplastar para siempre a la raza germánica, la preparan, tal vez, para ocupar el primer lugar en la Edad Moderna, la definitiva, la que ahora alborea; para ser la primera raza de un mundo que reorganizará su Economía sobre bases sociales radicalmente nuevas. Y contra ese resurgimiento, fuerza cósmica, elemental, solamente habría un remedio: el que irónicamente aconseja a su Gobierno el escritor inglés Bernardo Shaw, matar a todas las alemanas de 50 años abajo, ya que se quiere conservar por ahora a los alemanes, ilotas destinados a trabajar en provecho de los demás.

Aun con la prolongación del bloqueo no parece que se llegue completamente a ese resultado, y es seguro, en consecuencia, que veamos nosotros iniciarse, y nuestros descendientes completar, algo muy docente para España, la resurrección de una raza que por encima de todo quiere vivir: que esa es la significación de su «über Alles». No se me tachará de interesado adúlador al decir lo que siento. Hoy, son los vencidos.

Nosotros, los vencidos ayer en lucha desigual a que también nos vimos arrastrados, estudiemos..... aprendamos..... Aprendamos una cosa bien esencial para los españoles, no siempre sobresalientes en ese estudio; aprendamos que se sirve y se ama a la Patria, mejor que muriendo heroica y teatralmente por ella, trabajando inteligente y tenazmente para ella. A eso, en los cánones de la Ingeniería se le llama patriotismo. Eso es, hoy, *el patriotismo*.

Voy a terminar, que ya es hora; y he de hacerlo con una sú-

plica sugerida por el recuerdo de momentos para mí muy interesantes. En los primeros días de 1914 asistí en Alemania a representaciones del inmenso «Parsifal» de Wagner. Viví horas intensas, ciertamente, envuelto en los efluvios de un arte total, prodigioso, comprendiendo lo exacto de la definición dada por el propio Wagner de su arte al llamarle: «Drama engendrado por el poeta en el seno de la Música». Admiré los esfuerzos casi sobrehumanos de los ejecutantes de la sobrehumana obra para interpretarla dignamente. Y al final de cada acto, aun después del tenue y prodigioso Erlösung dem Erlöser, «Redención al redentor» que culmina y sintetiza la obra, aquella colectividad de espectadores, cada uno de los cuales sentía tan intensamente como yo, aquel público, silencioso y recogido, se levantaba y salía sin que una exclamación, un palmoteo, impropio de aquellas grandezas, una exteriorización cualquiera evaporase ni un átomo de las formidables impresiones recibidas.

Eso es lo que ahora suplico; mas por causas bien distintas. Temo que lo enojoso del asunto, lo audaz de las ideas expuestas y lo deslabazado de su expresión, antes que agrado hayan producido molestias a mi auditorio. Sin que, por otra parte, el temor, la previsión de ello me hayan retraído de decir lo dicho, deliberadamente, pues ya comprenderéis que las vacilaciones mostradas en el exordio, eran meramente..... retórica. Deseo evitaros el conflicto entre sentimientos de desagrado, o al menos de tedio, y exteriorizaciones que significasen lo contrario, pero cuya omisión por vuestra parte,—quebrantamiento de tradicional costumbre—si no fuera previamente solicitada temeríais que pareciese descortesía en que sois incapaces de incurrir.

Y aún más que por eso, formulo y reitero esa súplica porque en mi concepto lo demanda el tema, que, o nada merece, o si merece algo es fría reflexión, muy remota de todo meridional entusiasmo.

Dije al terminar mi exordio, y lo repito; la Humanidad vive actualmente tiempos difíciles, que deben ser graves, austeros.....

HE DICHO.